

nas que pudiese. Como su propia devoción se proponía por objeto el imitar á la Virgen Santísima con la perfección que la fuese posible, la regla que las dió fué un método práctico y preciso de esta imitación, la cual redujo á diez artículos relativos á las diez virtudes principales de la Virgen, que, se-

blieó que iba contra su voluntad y contra la de la reina. Mas instado fuertemente por Felipe y por sí en efecto Luis XII quisiese de buena voluntad venir á concordia, dió don Fernando al archiduque unas instrucciones de las cuales no debía separarse y el archiduque ofreció repetidas veces que ni en lo más ínfimo las traspasaría. Aun no satisfecho con esto don Fernando, no le dió al mismo archiduque el poder, sino que se le envió por medio del abad de San Miguel de Cuxa Fr. Bernardo Boil, previniendo á este lo tuviese secreto y no le entregase sino en caso necesario, mandándole además que si en los tratos viese que el príncipe se escudaba en algo de lo que estrictamente contenían las instrucciones le avisase de ello y le consultase, no permitiendo que se pasara adelante sin contar con su voluntad. No sin fundamento tomaba el rey Católico tan esquisitas precauciones, pues luego que llegó el archiduque á Lyon entró en tratos con Luis XII que allí se encontraba, pero tratos en que se faltaba abiertamente al tenor literal de las instrucciones y en que se revelaba ó la afición que se suponía en el archiduque á los franceses, ó que como jóven y bisoño se dejaba envolver incautamente por Luis XII. El P. Boil advirtió al archiduque que no se debía pasar lugar á ello ni medios para enviar un correo; antes le pusieron tales temores, dice Mariana, que le convino entregar el poder que tenía, y aun al príncipe estrecharon tanto sobre el caso que buena mente no se pudo escusar por estar en poder del rey de Francia y porque los de su Consejo eran de parecer que concluyese sin tener cuenta con la instrucción que llevaba: creyóse, añade Mariana, que los franceses con el dinero que los dieron los cohecharon y ganaron. Sin duda al fin pudo escribir el P. Boil al rey, el cual recibió en Poblet la carta en que se le avisaba de lo mucho que se apremiaba al archiduque para la conclusión del tratado; contestó Fernando reencargando el cumplimiento exacto de las instrucciones que él había dado; pero cuando llegó esta respuesta, ya Luis XII, que sin duda la recibía, había hecho que el archiduque firmase el tratado (8 de abril). Lo pactado era que el reino de Nápoles se destinase á los príncipes Carlos y Claudia, hija esta del monarca francés, y aquel del archiduque y de doña Juana (había nacido en 1500), cuyo matrimonio estaba concertado; que hasta tanto que los príncipes llegaran á edad de poder casarse, la parte francesa del reino de Nápoles la tendría y gobernaría el rey de Francia por su hija, y la parte española el archiduque por su hijo; ó bien que se guardase la partición hecha, y la Capitánata, que se disputaba, se pusiese en tercera hasta las bodas de los príncipes, ó hasta aplicarla después á quien pareciese de derecho. Los dos contratantes comenzaron á obrar ni más ni menos que si el rey Católico hubiera aprobado y ratificado el acuerdo: el de Francia le hizo publicar solemnemente en su rei-

gun la mente de la fundadora, son la pureza, la humildad, la caridad, la paciencia, la mortificación, la prudencia, y más especialmente la circunspección en las palabras, la oración continua, el desprecio de los bienes del mundo, y la obediencia, que es la base de toda la vida religiosa. Habiéndose puesto de acuerdo la princesa con un santo religioso de la estrecha observancia de San Francisco, llamado Gilberto Nicolai, que era su confesor, fué examinada la regla por el obispo de Albi, Luis de Amboise, el cual creyó descubrir en ella con tanta claridad el espíritu de Dios, que al momento pidió su confirmación al Sumo Pontífice con las mayores instancias. El hábito de la orden consiste en una túnica parda con un esca-

no, mandó suspender el embarque de tropas que se estaba disponiendo para Nápoles, y previno á sus generales de Italia que no emprendiesen nuevas operaciones; el archiduque por su parte previno también á Gonzalo de Córdoba que cesara en la guerra hasta que otra cosa se le ordenase, en virtud del tratado y poderes cuya copia le enviaba. Estos despachos llegaron en ocasión en que, como ya hemos dicho, reforzado Gonzalo con nuevas tropas, preparaba su salida de Barletta. Mas como el Gran Capitán había recibido avisos anticipados del rey en que le prevenía que no atendiese á cartas, órdenes y despachos que pudieran llegarle del archiduque mientras no llevasen su expresa aprobación ó mandamiento, respondió que él no podía ejecutar órdenes del príncipe mientras no le fuesen comunicadas por sus soberanos, y así prosiguió adelante en su plan de campaña.

A vista de este relato juzguese de las adiciones del autor, y díjase si no es la mayor injusticia calificar de pérfido al rey Católico y poner en las nubes la sinceridad y buena fé de Luis XII. Ya se ve, los términos del convenio eran sobradamente favorables á este; habíase hecho aquel en Francia, habiéndose salido Luis XII con un jóven inexperto, ligero y amigo de los franceses; y así ninguna ventaja, sino muy remota, se concedía á España; y temiendo todo el rey Fernando había sido tan cauto como debía el archiduque que así había faltado á las instrucciones que ofreciera cumplir; y como por otra parte la guerra de Nápoles iba entonces poniéndose favorable á los españoles, de aquí el furor de los franceses. «Lo que hubo fué, dice Lafuente, que Luis XII creyó obrar con mucha astucia, y se halló prevenido por otro más sagaz y más astuto que él. Véanse Mariana, lib. 27, c. 13 y 19; Lafuente, part. 2, l. 4, c. 17. —Disimulásemos si nos hemos estendido tanto en un asunto algo extraño al objeto de nuestra Historia; pero á ello nos han obligado esas odiosas y repugnantes calificaciones que tan injustamente se permite nuestro autor contra el rey católico y que no sientan muy bien en un historiador religioso. (N. del E.)

pulario encarnado, en lo cual se diferenciaban principalmente de las Anunciadas celestes, que le tienen azul, una medalla de plata en el pecho, y un largo manto blanco para el coro. Estas religiosas se pusieron, á ejemplo de su fundadora, bajo la dirección de los franciscanos observantes, muy venerados entonces por sus ejemplares virtudes (1).

Aunque la santa fundadora no tomó el hábito de la orden, que no era tan conveniente para sus designios benéficos como el aparato de su dignidad, fué hasta el último aliento el modelo de las religiosas más perfectas. El primer monasterio fué edificado en Bourges, donde se había establecido la princesa, y en el cual murió llena de virtudes y méritos el día 4 de febrero de 1505. Fué enterrada en la iglesia de sus religiosas, y permaneció entero su cadáver hasta que le sacaron del sepulcro dos sectarios sacrílegos de los últimos siglos y le redujeron á cenizas en el año 1562. Algunos testigos, preguntados judicialmente, declararon que aun entonces había salido sangre del cadáver, y habiéndose justificado otros muchos milagros, se permitió primeramente celebrar la fiesta de Juana de Francia, en los monasterios de su orden, y después fué colocada con la mayor solemnidad en el número de los Santos. Llegó por fin el momento en que plugo al cielo sacar del lugar santo la abominación y poner término á la profanación de la Cátedra Apostólica, altoprobio y á los gemidos de la Iglesia romana; á azote de los romanos y de la Italia toda, al escándalo de todo el mundo cristiano. No les quedaba ya un año de vida á Alejandro VI, cuando á fines del 1502 el monstruo del que era padre y apoyo, resaca de César, aunque del Valentinesado, viéndose á punto de ser

abrumado por los príncipes de Italia coaligados contra este enemigo público, fingió querer reconciliarse con ellos, y efectivamente hizo con ellos un tratado. Comprometiolas luego con especiosos pretestos á que se reuniesen con él en Sinigaglia que era donde tenía mas poder para hacer lo que quisiese; mas no bien hubieron llegado, se cerraron las puertas, y sin mas consideración unos de ellos fueron degollados, y otros encerrados en calabozos (1). Dicese que Alejandro, en vez de vengar estos horrores, solo le sirvieron de materia para chanzonetas que quizá eran todavía más crueles. Poco contento con de ese modo aprobarlas, se hizo cómplice de ellas. Como lo que principalmente se quería era esterminar la casa de los Ursinos, cuyos gefes Valentin Pablo, y Francisco, duque de Gravina, habían sido ya degollados; en medio de Roma á donde el cardenal pariente suyo había ido fiado en el último tratado, y aun invitado por el Papa como para un asunto interesante, el pérfido Pontífice hizo prender á este prelado á la puerta del Vaticano, mientras en otros barrios se prendían á otras personas y aun aliados de esta infortunada casa. El cardenal estuvo preso hasta que firmó una orden para que se entregasen al duque del Valentinesado todas las plazas de los Ursinos; pero poco después pereció, dicese que envenenado con unas cantáridas (2). Se cree que también acabó envenenado el cardenal Juan Bautista Ferraro, á quien por entonces se encontró muerto en su lecho (3). Todo el crimen de este era su dinero, que ascendía á mas de ochenta mil escudos de oro y de que se apoderó el duque del Valentinesado. Mucho mas allá hubieran ido todavía las violencias de este ilustre malva-

(1) Act. SS. ad 4 febris. D'Autich. Vida de Sta B. Juana pp. 397.

(2) Guice. 1. 501. ad 18 de agosto. (3) 16.

do, si no hubiese encontrado resistencia en Luis XII, á quien sin embargo no podemos escusar de molición en la defensa de los Ursinos adictos á la Francia. Bien es verdad que esta falta no tanto provenia del rey sino de los esfuerzos del cardenal de Amboise, por otra parte tan generoso como su señor. Pero el deseo que tenia Amboise de ser Papa le hacia guardar muchos miramientos con el duque del Valentinesado, que lo podía todo en Roma. ¡Oh! y ¡cuán grande escollo es la tiara, aun para las virtudes mejor probadas, cuando uno se lisonjea de obtenerla descuidándolas!

Saliendo tan bien á la codicia del duque del Valentinesado el asesinato y el veneno, quiso tambien acrecentar su tesoro con el del cardenal Adrian de Corneto, y de otros dos ó tres que eran tenidos por ser los mas ricos del Sacro Colegio. Para conseguirlo bastaba que muriesen, porque el Papa conviene recordarlo aquí, el Papa estaba en posesion de heredar á los cardenales. Fueron, pues, convidados á un magnifico banquete que debia servirseles en una casa de campo en compañía del Papa. El duque mandó preparar vino emponzoñado y prohibió al jefe de la repostería se diese de ello á nadie sin su permiso; pero estaba pronunciada la sentencia de Alejandro. Por mas precauciones que tomase su hijo para evitar una equivocacion, hubo sin embargo esa equivocacion fatal, y aun él mismo estuvo á punto de ser víctima de ella como su padre, pues solo la fuerza de su temperamento le salvó la vida despues de una cruel enfermedad de diez meses. Por lo que hace al Papa, como ya era de setenta y dos años y además habia bebido mucho llegando muy sofocado del paseo, no pudo resistir á la violencia del veneno, y á las pocas horas murió con horribles convulsiones el 18 de agosto de 1503. Su cuerpo se hinchó extraordinariamente, se puso todo

negro y quedó desfigurado de una manera espantosa. Tal es la relacion de una multitud de autores, fundados en la que hizo Guicciardini. Sin embargo, debemos añadir como una cosa bastante singular que segun unas Memorias manuscritas que parecen muy seguras, Alejandro, á quien se supone envenenado en 18 de agosto de 1503 en una partida de placer, estaba ya enfermo desde el 12 del mismo mes; que hasta el 18 fué progresando el mal; que durante todo ese tiempo guardó el régimen prescrito por los médicos; que se le administraron todos los Sacramentos, como se hace en los casos ordinarios, y que espío asistido por su confesor, y teniendo á su lado el presidente de la Dataría (1). Hasta Voltaire ha salido en esta parte á la defensa de Alejandro VI (2). Si por cierto, dice este filósofo tan hostil al Pontificado, yo me atrevo á decir á Guicciardini: Habeis engañado á la Europa, y vos mismo habeis sido engañado por vuestra pasion; érais enemigo del Papa, y habeis dado sobrado crédito á vuestro odio y á las acciones de su vida. Es verdad que él habia ejercido crueles y péfidas venganzas contra enemigos tan crueles y péfidos como él; y de aqui inferis que un Papa de setenta y cuatro años no ha muerto de una manera natural; y sin mas fundamento que unas vagas relaciones pretendis que un soberano anciano, cuyos cofres estaban llenos entonces con mas de un millon de ducados de oro, quiso envenenar á algunos cardenales para apoderarse de sus bienes muebles. Pero ¿eran estos tan importantes? Estos efectos eran casi siempre robados por los criados y ayudas de cámara antes de que los Papas pudiesen alcanzar de ellos al-

(1) *Hist. de l'Eglis. gal.* l. 50; *Hist. de la Papauté*, 2.^a edic., t. 2, p. 183.

(2) *Diseri. acerca de la muerte de Enrique IV.*

gunos despojos. ¿Cómo pues podeis creer que un hombre prudente haya querido aventurarse, por un lucro tan escaso, á una accion que necesitaba cómplices y que tarde ó temprano habria sido descubierta? ¿No deberé yo dar mucho mas crédito al parte diario de la enfermedad del Papa que á un rumor popular? Pues bien: ese diario dice que murió de unas fuertes calenturas, y en él no se halla el menor vestigio de esa acusacion intentada contra su memoria. Su hijo Borja cayó enfermo al tiempo de morir su padre; y hé ahí lo único que ha servido de fundamento para la historia del veneno. Haremos sin embargo notar aqui que Voltaire no habia leído á Guicciardini, pues este si bien hace mencion de la historia del veneno, su narracion muestra formalmente que el Papa ignoraba el proyecto del envenenamiento.

Entre los vicios personales de Alejandro VI, su perfidia mas que púnica, como la califica uno de sus historiadores (1), su crueldad, su avaricia, la disolucion de sus costumbres y el escándalo de su conducta llegaron al extremo. Sin embargo, tuvo algunas virtudes, ó algunos de esos instintos que indican una alma grande. Amó las letras sin cultivarlas, y recompensó á los sabios; mantuvo perfectamente á sus tropas, que eran numerosas, y fué el primero que puso á sus sucesores en estado de figurar en el mundo como soberanos. Sus placeres no le hicieron desatender los negocios, y su licencia no le quitó su valor y ni aun su orgullo; rasgos además dignos mas bien de vituperio que de elogio en su mayor parte; mas dignos al menos del ómulo del conquistador cuyo nombre le hizo tomar su vanidad, que del Vicario del Buen Pastor que era el único modelo que debia proponerse. Añada-

(1) *Onuphr. Dan. vis.*

mos con Feller (1) que los protestantes han opuesto muchas veces á los católicos los vicios de Alejandro VI, como si la depravacion de un Pontífice pudiera recaer sobre una Religion Santa, como si el cristianismo por ser obra de Dios debiera aniquilar en sus ministros el germen de las pasiones humanas! No fué la tiara la que hizo vicioso á Alejandro VI, sino su carácter (a). Habría sido igualmente en cualquier otro puesto que hubiera ocupado. La Providencia permitió que sus crímenes no turbasen la Iglesia y que en aquellos criticos tiempos no hubiese cismas ni heregias que combair. Si Dios ha permitido que los jefes de una Religion santa no fuesen siempre unos hombres sin vicio y sin tacha, es porque la conservacion de la Religion cristiana no depende de la sabiduria y virtud de sus Pontífices, sino de la palabra de Jesucristo y del efecto inmutable de la solemne promesa que hizo de conservar su Iglesia hasta el fin de los siglos; al paso que la suerte de los imperios de la tierra depende de la sabiduria y conducta de sus monarcas, bastando un príncipe débil ó vicioso para precipitarlos desde la cumbre de la gloria al abismo de la confusion y de la nada. Los pecados de los príncipes y de los pueblos, dice el Ecle-

(1) *Art. Alejandro VI.*

(a) Acerca de la pintura que de Alejandro VI hace aquí el autor, téngase presente lo que digimos en la nota de la página 630. Como aparece de sus mismas citas, casi toda su relacion está fundada en la de Guicciardini; pero el testimonio de este, que á fuer de florentino era tan enemigo de los Borjas, es decir, del Papa y de su familia, es por lo mismo muy sospechoso, tanto que hasta el mismo Voltaire le recusa. Puede verse lo que acerca de Alejandro VI y en contra de muchas de las acusaciones que se le hacen ha escrito el sabio Audin. Sin perjuicio tal vez de citar en otra ocasion sus palabras, y sin ánimo de querer justificar del todo á Alejandro VI, creemos deber advertir aqui que sus hijos no los tuvo siendo Papa, que á la edad de setenta y dos años en que fué elevado á la Silla Pontificia están ya bastante amortiguadas las pasiones; esos cinco hijos los tuvo siendo jóven y militar, de una dama romana refugiada en Barcelona. Por manera, que mas bien que hijos de Alejandro VI deberian llamarse hijos del oficial Rodrigo Lenzoli de Borja. (N. del E.)

siástico (1), trastornan los Estados y los hacen pasar á manos de pueblos estraños. Luego si ni las debilidades, ni los escándalos, ni la imbecilidad ó imprudencia de algunos Papas han podido conmovier los fundamentos de la verdadera Iglesia, Dios mismo es

quien los ha asentado y afirmado y dádoles una consistencia que ni los hombres ni los tiempos pueden alterar (1). Hé ahí la conclusión que debe sacarse de algunos pasajes humillantes de la Historia de la Iglesia (2).

LIBRO QUINCUGÉSIMO-SÉTIMO.

Desde la muerte de Alejandro VI, sucedida en el año 1503, hasta el principio del luteranismo en el de 1517.

Los grandes hombres tienen sus defectos del mismo modo que los hombres vulgares; pero aun estos mismos defectos están manifestando la grandeza y elevación de su origen. Tal fué en el cardenal Jorge de Amboise el deseo de obtener el Sumo Pontificado, aunque no le pretendió tanto por ambición como por complacer á su soberano y apoyar los derechos de este príncipe en Italia. Pero justamente fué esta la causa de que errase el golpe, á lo que contribuyeron tambien los artificios del cardenal Julian de la Rovere, que supo aprovecharse para su propia utilidad de los recelos de aquella nacion suspicaz. El cardenal de Amboise tenia una confianza total en la Rovere, adicto al partido de Francia por espacio de diez años, odioso de consiguiente á la faccion española y enemigo particular del duque del Valentinesado y de sus partidarios (2).

(1) Cap. 10. c. 8.
(2) Guicc. l. 5.

quien los ha asentado y afirmado y dádoles una consistencia que ni los hombres ni los tiempos pueden alterar (1). Hé ahí la conclusión que debe sacarse de algunos pasajes humillantes de la Historia de la Iglesia (2).

de suerte que no parecia creíble que este confidente tratase de hacer su negocio; además que habiéndose acercado á Roma las tropas numerosas que tenia todavía en Italia Luis XII, adquirió por este medio un nuevo apoyo el cardenal de Amboise, como lo conoció muy bien la Rovere. Vino pues este á buscar á Amboise, y le persuadió, que aun prescindiendo de este último recurso, que no dejaba de incomodar á todos sus amigos, no podia menos de verificarse su eleccion; que con respecto á los cardenales contrarios á su nacion le seria aquel arbitrio mas perjudicial que útil; que no dejarían de decir que le habían elegido por el temor de las armas francesas, y que tal vez irían á otra parte á elegir nuevo Papa. El cardenal de Amboise comunicó estas reflexiones al duque del Valentinesado, que era de su partido, el cual acusó á la Rovere de infidencia y de traicion;

(1) Daniel, II, 144.
(2) Hist. de la Papauté, t. 1, p. 160. (1)

pero Amboise, menos versado que Borja en el arte de engañar, quedó tan persuadido de lo que le habia dicho la Rovere, que no fué posible darle á entender otra cosa, y no solo hizo que se alejase el ejército francés, sino tambien que saliese de Roma el duque con los oficiales y todos los militares que habia ya dentro de la ciudad. Inmediatamente levantaron los cardenales milicias urbanas para asegurar la tranquilidad pública en la ciudad, y despues de esto entraron en cónclave, en número de treinta y ocho. La Rovere, que conocia bien que aun no habia llegado su tiempo, empezó á solicitar votos á favor de Piccolomini, cardenal de Sena, uno de los hombres mas honrados que habia en el Sacro Colegio, pero conceptuado por muy contrario á la Francia, como su tio Pio II. Por medio de esta disposicion, presentada con mucha destreza, no solo le proporcionó el astuto solicitador los votos de la faccion española, sino que se grangeó la confianza de sus magestades Católicas. Temiendo los italianos tener un Papa extranjero, no dudaron un momento en unirse á esta faccion. En efecto, fué elegido Piccolomini el dia 22 de setiembre de 1503, y tomó el nombre de Pio III en memoria de su tio. Las intrigas del cardenal de Amboise no le produjeron otro fruto que el de experimentar el desagrado del nuevo Pontífice, los sarcasmos de los romanos, y el abandono de los príncipes que se habian mostrado mas adictos á la Francia.

Sin embargo, parece que no estaba todavía bien desengañado, cuando á los veinte y seis dias pasó Pio III desde el trono al sepulcro. Segun los designios del cardenal Rovere, la tiara no era mas que un adorno colocado en la cabeza de aquel Pontífice casi moribundo, hasta que su interesado bienhechor hallase ocasion para condecorarse con ella. Volvió á entrar en cónclave el cardenal de

Amboise sin saber probablemente el estado de la intriga de su competidor; pero no tardó en saberlo, porque en el primer dia, que fué el 1.º de noviembre, y antes de cerrar el cónclave, Julian de la Rovere, cardenal de San Pedro *ad vincula*, obtuvo las dos terceras partes de los votos, y se dió por hecha la eleccion. Desde la exaltacion de su predecesor, cuya vida presumia no debia ser muy larga, se habia ocupado constantemente en asegurar el buen éxito de sus proyectos. El odio del nombre francés le proporcionó el favor de los españoles. Se aprovechó de la decadencia que empezaba á experimentar la causa del duque de Valentinesado para atraerle á su partido; juntamente con los cardenales adictos á la casa de Borja, dándole esperanzas de que contribuiría á mejorar su suerte. Por lo que hace á los italianos, es verdad que le tenían por hombre inconstante, caprichoso, inquieto y de carácter duro; pero al mismo tiempo sabian que era intrépido, y celoso defensor de los derechos de la Santa Sede, y cumplidor de su palabra, cuando habia ofrecido dar alguna cosa. No obstante, para obtener los votos de los cardenales, prometió quizá, dice un autor italiano (1), mas de lo que quisiera dar siendo Papa. Se añade que sin duda chanceándose decia que el Soberano Pontificado valia infinitamente mas de lo en que solia venderse, que la tiara era una de esas cosas raras cuyo valor no se mide por la apreciacion comun; pero en esta materia hasta las chanzas son un escándalo. Tenia tan poco miramiento, que se dice tomó el nombre de Julio, no en honor del Papa San Julio I, sino en memoria del primero de los emperadores romanos.

Para indemnizar en cierto modo al cardenal de Amboise, le confirmó Julio II (que este nombre tomó el nuevo Papa) la lega-

(1) Guicc. l. 6.